

y firme. «Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!

El general Miramon tendió una mirada sobre todo el ejército y el pueblo, y con aquella serenidad que lo acompañó siempre en los mayores peligros, dijo con voz enérgica. «Mexicanos: En el consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida. Aquí, pronto á perderla, cuando ya no me pertenece, cuando voy ya á comparecer delante de Dios, proclamo ante vosotros todos, ante el mundo entero, que jamás he merecido la nota de traición que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen, y perdono á los que me lo imputan, esperando que Dios me perdone; y que mis compatriotas, haciéndome justicia, aparten tan fea mancha de mis hijos. ¡Viva México!

Colocándose luego cada uno en su respectivo puesto, es decir, Miramon en el centro, Maximiliano á su derecha y Mejía á su izquierda, el Emperador separó su rubia barba, poniéndola sobre sus hombros; y mostrando á los soldados el pecho, encargó no le dieran en la cara: El general Miramon señalando su corazón, dijo, «aquí» y levantó su vista al cielo; y el general Mejía no dijo una palabra, y cuando vió que los soldados iban á disparar las armas, separó de su pecho la mano en que tenía la imagen de Jesucristo crucificado.....La multitud se hallaba consternada.....el oficial encargado de la ejecución dió la señal de fuego; y.....una descarga puso en tierra á las tres víctimas.....

¡Aquella sangre, abriendo la tumba del partido que la hizo derramar, salvó al pueblo por quien se derramó!... ¡México quedaba redimido de sus desventuras sociales, con un sacrificio singular, en el orden puramente humano!

CAPITULO X.

Conclusion de la obra.

Voy á concluir. Despues de incontables dificultades, quiere Dios que ponga fin á esta obra, en la cual me propuse presentar en un solo cuadro todos los acontecimientos que forman la historia general de nuestro país, con la esperanza de que esto sea una leccion de que se pueda aprovechar la posteridad.

México está llamado á ocupar un lugar importante, tal vez de los primeros entre las naciones civilizadas; y me parece del mayor interés, señalar la tortuosa y difícil senda de desgracias porque ha caminado tantos siglos, y describir el camino seguro por donde ha de llegar á su felicidad.

En el oscuro fondo de los siglos donde se pierde la historia antigua de los pueblos, me pareció señalar como punto de partida para la narracion, el famoso acontecimiento de la confusion de las lenguas en las llanuras de Senaar al construir la torre de Babel; y esto por dos razones. La primera, porque de aquel punto partieron los

pobladores de todos los puntos de la tierra; y la segunda, porque hay bastante analogía entre la torre de Babel y el Cerro de las Campanas. Lo que el primero fué en el órden físico, ha sido el segundo en el órden moral: son como los dos eslabones extremos de una cadena; pues en uno y otro vemos la confusion de lenguas, la division, el abatimiento del orgullo humano. Estos puntos de analogía, entre estos dos lugares célebres, me determinaron á partir con la narracion histórica desde los campos de Senaar, para venir á soltar la pluma en el valle de Querétaro.

En todo el curso de la narracion hemos visto á México, siempre generoso, luchando como un atleta para llegar á su grandioso destino que ha podido vislumbrar al travez de los siglos, desde su mas remota antigüedad; pero siempre desgraciado en el fondo de un abismo, agoviado con sus pesados infortunios.

En su primera época, en aquellos siglos que fueron como la aurora de su vida, México, risueña y magestuosa, ostentaba la esplendente diadema de su independencia y libertad; pero aquella reina de los lagos, en proporcion que extendia el cetro de su dominacion, fué manchando mas y mas sus manos en tanta multitud de bárbaros sacrificios, que la sangre de las innumerables víctimas sacrificadas á su fanatismo idólatra, le formaron una atmósfera sombría, negra, aterradora. Esa primera época de México, es la época de su barbarie, y de una barbarie cruel.

Despues, cuando el atrevido Cristóbal Colon trazó sobre la embravecida superficie de mares desconocidos el camino de la civilizacion, México vió llegar á sus puertas á esta noble huésped en los esplendores de la luz evangélica; pero á su lado venian los sables castellanos, terribles instrumentos de la justicia divina, que venian á pe-

dir cuenta de tantos bárbaros y sangrientos sacrificios, en pena de lo cual pusieron al cuello de la hermosa vírgen del Anáhuac una cadena de esclavitud que debia arrastrar por tres siglos.

Pasados estos, México se lanzó á una lucha en que los contendientes, volviendo mal por mal convirtieron el suelo en un extenso lago de sangre, del cual brotó al fin un nuevo pueblo; que ni era el antiguo mexicano, envilecido con su bárbara idolatría; ni tampoco el español, con su cetro de hierro y sus pesadas cadenas para esclavizar á los vencidos. Era un nuevo pueblo que sin ser alguno de los dos que lo habian precedido, participaba de uno y otro: era el pueblo en quien se debia obrar la regeneracion de México, para hacerlo llegar á la altura de la perfecta civilizacion.

Apenas este pueblo hubo entrado á la vida de las sociedades libres, y sintió el estrago de dos principios, que se han disputado el cetro del poder en medio siglo de luchas intestinas. Los dos principios que siendo hermanos, se convirtieron en rivales en el Oriente, y en la Grecia y en Roma y en la Europa del siglo XVI: el principio de libertad y el de autoridad. La parte de la sociedad que tomó á su cargo cantar los himnos de gloria del primero, se llamó partido liberal; y la que se preparó para la defensa del segundo, se llamó partido conservador.

El partido liberal, seducido por la halagüeña voz del principio que proclamaba, lo quiso todo para sí, sin conceder nada á su contrario. El partido conservador, sentado como en una base inmóvil en el principio de autoridad, desdeñó conceder desde luego sus derechos al de la libertad, esperando que el tiempo viniera á tocar á sus puertas para reclamar su herencia. Esto fué la causa de esta continua lucha, de esa division que ha conmovido á la sociedad en lo mas hondo de sus cimientos.

Empezado el combate, el partido conservador reconoció la fuente del principio que sostenía, en su manantial natural, en las doctrinas de la Iglesia católica, y tomó en su mano el estandarte de la Cruz como enseña gloriosa de sus principios; el partido liberal, queriendo dominar solo, pervirtió sus máximas, cambió sus tendencias y traspasando las barreras de sus dominios naturales, transformó el principio de libertad en el de la demagogia, es decir: su principio fué el error; sus medios, la desorganización; su fin el despotismo de la anarquía. Lo cual está conforme con lo que ha dicho un ilustre escritor de nuestro siglo. «La demagogia no es un mal, ni una clase de mal; sino el mal por excelencia.»

El partido liberal que desde que hizo ese cambio, no es sino la demagogia, en su terrible y funesta carrera, todo lo ha arrasado en su furor de reforma. Puso su ojo lleno de zaña en el único freno que puede tener la sociedad, que es el de la religion y la moral; y la moral del Evangelio y la religion de Jesucristo sufrieron los terribles golpes del racionalismo, que al querer quitar sus arcos al principio de autoridad, destronó á Dios para darle el centro del poder á la miserable razon humana. Pero este avance, tan espantosamente asombroso como es, era sin embargo puramente especulativo, mientras que la envidia demagógica necesitaba resultados prácticos para saciarse: entonces la demagogia se convirtió en un comunismo práctico, que puso su mano sacrílega en las propiedades de la Iglesia, en las riquezas del altar y hasta en los mas sagrados objetos destinados al culto del Dios vivo. Y no queriendo este racionalismo comunista, dejar á su contrario ni la vida, llamó en su auxilio, ó mas bien, se convirtió en socialismo; y conmovió entonces á la sociedad desde sus mas íntimos y secretos resortes que son los de la familia en el hogar doméstico, hasta querer envilecer la dignidad sacerdotal, último y mas alto término de la

sociedad, como que es la égida sagrada de los derechos de la humanidad.

Todos estos avances los había hecho el principio demagógico, por decirlo así, sobre la marcha, durante una sangrienta lucha con el partido conservador, que en el campo de batalla le había disputado el triunfo en cien combates.

Unas veces vencido y otras vencedor, caminó uno y otro principio, por toda la extension del suelo mexicano, hasta que se vinieron á encontrar frente á frente en los muros de Querétaro. Empeñada una lucha desigual, el principio conservador resistió setenta dias los esfuerzos de la demagogia: en veintidos combates tremoló victorioso el estandarte el primero; y cuando el segundo no podía ya levantar del polvo su abatida frente con el esfuerzo de las armas esgrimidas en buena lid, se deslizó favorecido por las negras sombras de la noche; y al tocar las puertas de la ciudad, halló una mano alevé que las abría, consiguiendo por este medio, lo que no pudo conseguir en un combate leal.

Entonces la alegría de la demagogia, no reconoció límites. «Ahogaré á mis contrarios, dijo, en su propia sangre; haré con sus cabezas una torre, que me haga llegar hasta el cielo; porque una vez que los sepulte en el cerro de las Campanas, no habrá quien me combata, no habrá quien suscite mas tempestades políticas en mi contra; abatiré el estandarte de la Cruz, y aseguraré mi dominación para siempre.»

Y así como lo concibió en su orgullo, así lo hizo porque así lo permitió el Señor que lo hiciera para su misma ruina: y á tambor batiente y bandera desplegada subió el Cerro de las Campanas con su víctima en la mano y regó la tierra con su sangre..... Y esa sangre era de doble efecto; de parte del vencido caía

sobre el ara de un generoso sacrificio como una víctima expiatoria, para purificar la tierra de las manchas que la imprimieran la idolatría de los pueblos antiguos, la injusta dominación del pueblo español, y los desaciertos del nuevo pueblo mexicano en su infancia. Pero á la vez cayó sobre los ojos de los que la hicieron derramar y los cegó; cayó sobre su cabeza y los enloqueció; cayó sobre su lengua y confundió su idioma, sin que desde ese momento se hallan podido entender, aunque al parecer hablan un mismo lenguaje.

Hechas las ejecuciones de Querétaro, se abrieron tambien las puertas de la capital, en una capitulacion ajustada entre los generales Porfirio Diaz y D. Ramon Tavera la cual se puso en práctica el dia 21 de Junio. Entonces el Gobierno de D. Benito Juarez ya no tuvo obstáculo alguno, y estando en posesion de todo el país, recibia plácemes de todos sus adictos, y mil himnos se entonaron al triunfo del principio demagógico, que se creyó asegurado para siempre en Mexico. Pero no fué así; y antes por el contrario, el mismo dia y en el mismo lugar donde el partido liberal creyó y dijo haber vencido, allí precisamente fué donde quedó derrotado. Este es ya un hecho, que en los momentos que estas líneas salen á luz, está plenamente justificado, y por lo mismo, pertenece ya al dominio de la historia.

El dia en que D. Benito Juarez volvia á ocupar la capital de la República, se hicieron mil fiestas para solemnizar el triunfo del partido liberal, triunfo que se extendia por todos los ángulos del país, sin que en toda su grande extension encontrara un sólo enemigo que lo combatiera en el campo de batalla. Pero al dia siguiente, de la superficie de ese manso lago se levantó una nube que subió y creció; y cercó los horizontes con negras borrascas; y descargó furiosas tempestades sobre la tierra.

Y esta tempestad, no la levantaba el partido conservador con sus armas, sino con su sangre. ¡La sangre derramada en el sacrificio del Cerro de las Campanas, fué la que confundió el lenguaje del partido liberal.....! El mismo ya no se entendia!

D. Benito Juarez sentado sobre el palacio de los Motezumas y de los Vireyes y de los Emperadores mexicanos, decia que defendia el principio liberal en la Constitucion de 57; y en nombre de esa misma Constitucion lo combatieron en Yucatan, en Tampico, en lo de Obejo, en Oaxaca, en la Ciudadela de México, en la Bufo de Zacatecas, en Durango y en Monterey.

Un dia pareció calmarse la tempestad; pero no fué sino para levantarse mas furiosa. El termómetro del despotismo demagógico subió de punto; y el partido liberal se destrozó en tres fracciones. Cada una de estas se personalizó en un individuo: una enarbó como bandera la carátula de la Constitucion: otra formó su divisa del índice; y la tercera hizo su estandarte del artículo de la legalidad. Entonces se acometieron estas tres fracciones, con un furor inusitado; y un torrente de sangre volvió á inundar el suelo mexicano.

Y en toda esta escena de desolacion y de sangre, ni una sola voz del partido conservador. Es solo el partido liberal, que confundido en su lenguaje con la sangre del Cerro de las Campanas, ya no se entiende entre si: todos sus miembros proclaman unos mismos principios; y en nombre de ellos mismos, se combaten y se hacen una gurrá sin cuartel, para dejar históricamente demostrado con esta anarquía práctica, que en el Cerro de las Campanas, murió el verdugo y quedó viva la víctima.

¡El Cerro de las Campanas es la torre de Babel para el partido liberal: allí fué abatido su orgullo y confundido su lenguaje!

El partido liberal partiendo del error que es su principio, todo lo ha llenado de errores: la legislación, la prensa, la política, la moral, la religión, la familia, la propiedad, todo es un caos, todo es un enigma que nadie entiende y nadie puede descifrar. Poniendo en ejecución sus medios naturales que son los de la desorganización, todo lo ha desorganizado; ha removido el edificio social hasta no dejar piedra sobre piedra, sin que á este espantoso destrozo, haya escapado ni el mismo partido liberal, que se halla hecho pedazos, sin que haya poder que lo vuelva á su ser, porque desencadenadas en su contra las furias, sus mismos individuos se persiguen de una manera desapiadada. Y de esta manera ha llegado á la mas completa anarquía que es su fin, con lo cual ha llenado su misión y cumplido su destino en México.

Fáltanos ahora para concluir, decir una palabra al partido conservador.

El partido conservador, no es propiamente un partido, es una sociedad, es la sociedad que tiene por principio la verdad, por medio la aplicación de la verdad misma, por fin la felicidad individual y social de la humanidad. Es la sociedad católica.

Considerado bajo esta general acepción, se divide en dos clases: en la de los pastores y la de las ovejas: en la de los maestros en la fé y la de los fieles. De la primera, dije ya en el capítulo primero, lo que históricamente puede decirse. Esa venerable clase debe tener, como conducta esencial la santidad; pero no la santidad comun, que bastaria en un seglar para conseguir su fin; ni aun lo que fuera necesario á un lego para llegar á la perfección: no, todavía debe ser mayor, porque ha de ser la santidad absoluta, la santidad especialísima del sacerdocio, la santidad apostólica: solo con ella puede ponerse á la altura de su misión sagrada. ¡Sublime misión de es-

tar sobre las gradas del Santuario y tener en su mano la Víctima Infinita, como una hostia pura para aplacar la Justicia de Dios, como un precioso bálsamo para curar las llagas de la humanidad, y como un foco inextinguible de luz para esparcir la claridad sobre todos los pueblos! El ministro del altar es el canal por donde sube de la tierra al cielo el delicado incienso de la oración, y por donde del cielo desciende á la tierra el celestial rocío de la gracia que la fecundee y la haga abundar en copiosos frutos de virtud. Mientras mas en contacto esté el sacerdocio, con el cielo por medio de su santidad, y con la tierra por su espíritu verdaderamente apostólico, mayores serán los torrentes de gracias que reciba la humanidad; y tanto cuanto ese conducto se restrinja en sus cualidades esenciales de santidad de vida y espíritu apostólico, tanto así se privará la humanidad de recibir las gracias que debiera. El sacerdocio es la luz del mundo: si ese astro brilla en todo su esplendor, la luz de su santidad se reflejará en toda la tierra; y cuando densos nublados envuelvan al mundo, no habrá duda de que el astro del sacerdocio está en la meneguante de sus cualidades esenciales que lo caracterizan.

Respecto de la parte del partido conservador, de la parte de la sociedad que puede llevar ese nombre considerado solo políticamente, examinemos cuáles son sus deberes para ver cual es el camino que debe guiarnos á una felicidad segura, infalible.

«Maestro bueno, preguntó un día un jóven al Salvador del mundo, ¿qué haré para salvarme? Jesus le dijo: ¿por qué me preguntas de bien? Solo uno es bueno, que es Dios: *Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

Y una sociedad, que por todas partes se ve cercada de abismos y de precipicios: que gradualmente va viendo oscurecer su horizonte con densas tinieblas: que siente lan-

guidecer sus fatigados miembros; y que ve debilitarse el brillo de la antorcha de vida que se le concedió, no podrá preguntar á su Libertador. ¡Maestro bueno que haré para conseguir mi fin?

Por demas seria hacer hoy esta pregunta, cuando su respuesta resuena hace mas de mil ochocientos años en todos los ámbitos de la tierra; pues nada ménos que esa respuesta ha servido ya para sujetar á juicio á todas las generaciones que se han levantado desde que bajó del cielo la Luz que vino á alumbrar á todo hombre que viene á este mundo. La sociedad, lo mismo que el individuo, tiene que guardar los preceptos de la ley divina y seguir por los caminos de la perfeccion al Hombre Dios que con su ejemplo vino á doctrinar al mundo.

Pero esto que en el hombre no es sino el medio para llegar al último fin, en la sociedad es el término final; porque la sociedad acaba aquí en este globo opaco, con las generaciones que la forman, y que se marchitan como el heno y desaparecen como la flor de los campos. Y las cosas perderian su esencia y dejarian de ser lo que son, y ni concebirse podria la idea de la Justicia Infinita, si no se diera al hombre segun las distintas acepciones en que se le considera, el premio ó castigo que le merezcan sus acciones. El individuo, que está destinado para la eternidad, oirá un dia la voz del Hijo de Dios, y saliendo del sepulcro en que estén depositadas sus cenizas, irá á la resurreccion de vida, si obró el bien en sus dias, ó á la resurreccion de juicio, si el mal fué el fruto de sus obras; pero la sociedad, que no es sino la forma con que el hombre se reviste en el tiempo, como que no pasa de la morada temporal, porque al reclinarse el individuo en la tumba, se desnuda de ella para revestirse con la forma de la eternidad, aquí mismo tiene que recibir el premio si anduvo en los caminos de la verdad, ó el tremendo castigo que le

hayan merecido sus pasos por las sendas tortuosas de la iniquidad.

Esto no quiere decir, que el hombre no tenga que dar cuenta mas allá del tiempo de las obligaciones que sobre sí reporta como miembro de la sociedad: antes por el contrario, como que estas son de mas graves y desastrosas consecuencias, mayor es por consiguiente la responsabilidad que por ellas tenga, mas severo el juicio á que se le sujete, y mas grande la pena ó el galardón que merezca segun el desempeño de sus deberes sociales.

Pero como la sociedad que no pasando á la eternidad, aquí es donde recibe el premio ó castigo de sus obras, debe poner su mas escrupuloso cuidado en el cumplimiento de sus deberes, y en practicar el precepto que se le da y el camino que se le indica, para ir á la vida de la felicidad y de dias venturosos en su existencia. «Guarda los mandamientos.»

Y no puede menos que, contemplarse con pavoroso asombro, ese sueño profundo en que viven las sociedades, olvidándose de sus deberes tan sagrados. Y por esto mismo, no causa sorpresa verlas caminar con vida lánguida y miserable; ni considerarlas revolcándose en el cieno de un degradante abatimiento; ni contemplarlas abrumadas con el peso de incontables tribulaciones; porque todo esto es un efecto natural, una consecuencia precisa de la marcha extraviada de las sociedades por los tenebrosos caminos del error, y de la lamentable indiferencia de los individuos, adormecidos con el tósigo fatal del egoismo.

Es una verdad fuera de duda, que en el juicio particular bastará á cada hombre para salvarse, poder decir como el jóven israelita: «en toda mi vida he guardado los preceptos santos de la ley,» y el que esto pueda decir, sin duda conseguirá su último fin, aunque hubiere sido miembro de una familia corrompida ó pertenecido á una sociedad cul-

pable. Pero en el juicio á que el Señor sujete á las sociedades, no bastarán los méritos individuales de algunas personas para suspender el juicio divino, ni para evitar el castigo que les puedan merecer una conducta criminal. De esto tenemos un testimonio irrecusable en cada página de la historia, y en cada paso de la humanidad.

Cuando en los tiempos antediluvianos se extraviaron los hombres y fué corrompida toda carne, vivía Noé el justo: y él, con su mujer, y sus hijos, y las mujeres de sus hijos vivían temerosos del Señor y guardaban en sus corazones los mandamientos de Dios: pero la abominación de las gentes y la corrupción de la sociedad, hicieron rebozar la copa de las divinas iras; y Jehová derramó su cólera sobre el mundo, alzando los diques de las aguas y abriendo las cataratas del cielo. El mundo fué inundado con los torrentes de las lluvias: las aguas alzaron su nivel mas alto que el de los encumbrados montes; y la sociedad criminal quedó envuelta en aquella tremenda avenida y sepultada en los abismos del diluvio universal. ¡He aquí un pavoroso ejemplo en que perfectamente se distingue el juicio de la sociedad, del juicio del individuo. Las ocho personas que eran justas en la presencia del Señor, escaparon del terrible azote de la justicia de Dios en la arca de sus buenas obras; pero la sociedad criminal, pereció!

Mas tarde, Sodoma y Gomorra y todas las ciudades de Pentápolis, hicieron llegar al cielo el clamor de la depravación de sus costumbres: entre aquella gente perversa vivía Lot, con su mujer y sus hijos, separado de la corrupción de las ciudades pecadoras; y el Señor, por el ministerio de tres ángeles, salvó á los individuos inocentes, haciendo bajar su enojo entre el fuego que consumió toda carne y redujo á pavesas las ciudades culpables. Aquí volvemos á ver, que los méritos individuales, salvaron á

la familia inocente; pero pereció la sociedad inicua de que ellos formaban parte.

El pueblo escogido del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, á quien el Señor sacó de la servidumbre de los Faraones en Egipto, para ponerlo en la tierra de promisión donde manaba la leche y la miel, un día se llenó de loco frenesí, cuando los tiempos habían llegado á su plenitud, y tomando al Dios hecho hombre, que había venido á libertarlo de la esclavitud del Faraon infernal, para llevarlo á la patria prometida de la celestial Jerusalem, lo cargó de improperios y tribulaciones; descargó su furor sacrilego sobre la cabeza del justo, aglomerando en ella toda suerte de dolores; y dando el siniestro grito «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos,» lo elevó en el árbol de la Cruz. ¡Patíbulo infame donde el hijo de Dios quiso morir para redimir al mundo! No faltaban sin embargo en este pueblo deicida, varones ilustres que se mantenían en el temor del Señor, abrazando la doctrina que se le presentaba al mundo para salvarse; ni discípulos fieles, que habían de ser los elegidos para llevar á todas las regiones el pan de vida en la palabra divina; ni mujeres piadosas que habían de sobreponerse á su natural debilidad para seguir las huellas ensangrentadas de la Víctima del Calvario: y á pesar de estos individuos justos y santos, que se salvaron en la guarda de los mandamientos, la sociedad judía pereció bajo el furor de los romanos; y los restos de esa sociedad fueron arrojados entre todos los pueblos de la tierra, como se arroja al viento un puñado de ceniza, y como un ejemplo elocuentísimo, cuya voz tremenda resonará en toda la sucesión de los siglos, para dar el testimonio mas solemne, de que el hombre tomando la forma de la sociedad con que atraviesa el tiempo, recibe aquí mismo en la vida temporal, en los días de su transitoria peregrinación por el va-